

De la debilidad al liderazgo

FEDERICO REYES HEROLES

En octubre de 1987 se inició la gran oportunidad histórica de Carlos Salinas de Gortari. El calendario político de México marca sus ritmos e intensidades. Cruel y preciso sigue su propio ciclo, obedece a sus tiempos: revelación de la nueva figura después de larga, pública e insegura gestación y, simultáneamente, opacidad, paulatina pero irrefrenable del presidente en turno; ascenso del sucesor; encumbramiento institucional y desaparición casi instantánea de quién llevara el mando por seis años; plenitud del poder en el tercer año de gobierno; inicio de la constricción o cercamiento, provocado por la cercanía incontenible de la sucesión; destape, máxima expresión del gran poder central y principio del inexorable fin.

Dentro de unos cuantos meses Carlos Salinas de Gortari iniciará su tercer año de gestión formal, el cuarto año de su ciclo de poder. Algunas de las características de su personalidad, de su forma de usar el poder y de la forma como el poder lo ha transformado -a todos los transforma-están a la luz pública y merecen reflexión serena. La plenitud de su oportunidad lo merodea. Aciertos, carencias, debilidades y excesos, cobran figura.

El candidato débil

De Carlos Salinas de Gortari se dijo que nunca llegaría a la candidatura presidencial. Llevaba encima el peso de haber aplicado, de haber sido el mascarón de proa de un severo reajuste financiero poco popular, por no decir impopular. Su actuación institucional se reflejaba en abstracciones, reducción del déficit, por ejemplo, abstracciones que muy poco dicen a la opinión pública.

En cambio las consecuencias de corto plazo de la política económica aplicada eran muy concretas. Millones de mexicanos vieron desplomarse sus salarios. Como agravante, los enemigos de Salinas de Gortari dentro del sistema eran muchos, se decía, de la Quina a Fidel, pasando por los miles de burócratas despedidos. Su ofrecimiento era continuidad en el rumbo, así no hubiese frutos en el horizonte inmediato. Fue el seleccionado. De la Madrid y el sistema apostaron a la continuidad, a la maduración del proyecto.

Salinas de Gortari enfrentó, por si fuera poco, el peor de los partos priístas de candidatos presidenciales. Meses antes del destape, una división interna de consecuencias inimaginables había sacudido profundamente al Partido Revolucionario Institucional. Sin embargo tal lección pareció no ser suficiente.

El mando político del país se aferró al pasado como única posibilidad. México debía ser lo que había sido en los últimos cincuenta años. Nada debía cambiar. Nada podía haber cambiado.

La irresponsabilidad o inopia de su partido quedaron plasmadas en las decenas de millones de votos que le fueron prometidos. El espectáculo se volvió patético: el país vivía una convulsión. El auditorio estaba en llamas pero los actores pretendieron que la función continuara sin interrupción alguna. Todo indicaba que la elección del 88 no sería una más.

No obstante la consigna de continuidad anunciada, una de las características esenciales del autoritarismo social mexicano, se impuso. La elección no fue una más. A pesar de ello todo el sistema continuó su marcha en apariencia inmutable. Pros y contra de la rigidez institucional quedan ya en el registro histórico.

Se constituyó un gobierno. Importantes fuerzas reales de la sociedad, ejército, iglesia, empresariado, gobernadores y alta burocracia declinaron apoyar un rompimiento. La elección podía tener todos los problemas, pero el presidente debía de ser Salinas de Gortari. Lo otro era simple aventurismo, era jugar con el destino del país.

¿Qué partido gobernaría, con qué cuadros se preguntaban no sin razón. ¿Cómo imaginar una alternancia en el más alto nivel en un país sin tradición opositora en el cual la fuerza real de la oposición era excepción que confirmaba el predominio priísta?

En 1988 no hubo descalabro formal para la continuidad republicana. Pero ello no saldó los cuestionamientos de una nación fracturada. La elección desnudó los límites del sistema. 88 marcó la gestión de Salinas de Gortari. El golpe fue traumático, dejó huella, sobre todo en un político sensible. Salinas de Gortari lo es.

Salinas de Gortari fue un candidato lacerado en el análisis de los cánones del sistema. No tenía pactos firmes y sonoros con el corporativismo. No era popular. Tampoco asomaba en él ningún pequeño filón de carisma. Pero tenía un gran poder. Su poder procedía de otras fuentes, de otros puntos de apoyo no tradicionales.

De Salinas de Gortari eran conocidos su talento, su ambición, su agudeza y también su implacable manejo de las alianzas políticas. Los amigos y los enemigos de Carlos Salinas de Gortari eran públicos.

Ello lo hizo viable, en un pre-precandidato, conflictivo. De ser el elegido no podrían guardarse las apariencias de estar bien con todos.

Salinas de Gortari llegó a su encumbramiento como candidato después de haber tejido una amplia red de apoyo entre gobernadores y algunos líderes empresariales. Su gran capacidad de convencimiento y cooptación habían llevado sus raíces a grupos de intelectuales, a personas de los medios de comunicación.

Su equipo, en el cual se encontraban personas de muy diversos niveles, formaciones y capacidades, tenía una característica notable: los salmistas estaban profundamente convencidos de las bondades de su jefe, no apostaban por la simple lógica de la cercanía. Esto no ocurría en todos los frentes. Pero un candidato con ánimo de revancha no sumaría. Un presidente no puede tener enemigos. ¿Sería capaz Salinas de Gortari de desprenderse de ese síndrome? ¿Cómo lo afectaría el 88? Salinas de Gortari fue un candidato poderoso en el interior, pero débil frente a la opinión pública, frente al electorado. Muchos factores estuvieron en su contra. Por primera ocasión un candidato priísta se enfrentó a una oposición real tanto a la derecha como a la izquierda. Ella era el resultado de un descontento inevitable, producto del imprescindible reajuste. El salario real había caído alrededor del 50% en el sexenio anterior, periodo en el cual el gran lubricante del pacto político mexicano, el crecimiento económico, no se dio. La obra y los servicios públicos se desplomaron. No había opción. Ello alteró radicalmente las expectativas y reclamos sociales hacia el llamado sistema.

La oposición estaba encarnada por cuatro individuos que representaban una versión testimonial de la política. La solidez de su discurso pasaba a un segundo plano frente a las implicaciones de los personajes que, incansables, recorrían el país. Sus nombres lo dicen todo: doña Rosario Ibarra de Piedra, el ingeniero Heberto Castillo, el ingeniero Manuel J. Clouthier y posteriormente el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.

De todo había en el menú: el testimonio contra el autoritarismo mexicano en un añejo líder de izquierda; una mujer lanzada al mundo público por uno de los más oscuros y siniestros expedientes del sistema, expediente por desgracia todavía vigente: los desaparecidos; un vociferante, arrojado y energético *self made man* arropado de un civilismo de moda; y otra víctima reciente de la dureza del sistema, representante, entre otras razones por biografía, de los valores tradicionales del nacionalismo encamado por el estado posrevolucionario.

En 1988 una coincidencia, afortunada para la oposición, se produjo. El desplazamiento airoso de las tradiciones autoritarias de la izquierda y el florecimiento de un civilismo, más de espectáculo que de doctrina, desembocaron en un discurso de democracia radical.

Ello ocurrió en el centro de un país en el cual un sistema autoritario se pavoneaba de manera irresponsable. La pradera ardió. Todo era imputable al autoritarismo. En 1988 mucho había que reclamarle al sistema, poco que reconocerle.

Frente a los candidatos de oposición el joven candidato priísta resultaba un extraño capricho de una modernidad lejana y quizá inaccesible. Imantado fuertemente hacia la concepción del régimen de Miguel de la Madrid, donde tuvo una enorme injerencia, su discurso de campaña sonaba a hibridez o eclecticismo, resultado de extrañas amalgamas: entre un vergonzante nacionalismo económico combinado con apertura, entre la retórica del estado fuerte y una convicción neoliberal, entre alabos y reconocimientos a las tradiciones, sabidurías y reglas no escritas del sistema, pero también a la necesidad, por pragmatismo, de abrir y clarificar.

Por si fuera poco las bondades, que las tiene, del esquema económico aplicado durante el sexenio 82-88, todavía no maduraban. En cambio sus graves consecuencias sociales de corto plazo estaban ante los ojos de millones. Durante 1987 y 1988, justamente durante la campaña, para la cúpula en el poder era demasiado pronto para festejar y cobrar dividendos, pero demasiado tarde para dar marcha atrás o caer en absurdos arrepentimientos.

La percepción popular era otra: antes la economía se movía, el salario crecía, los servicios y prestaciones llegaban. ¿Cuáles son los beneficios del reajuste?, era el cuestionamiento popular. Antes estábamos mejor. La administración se defendía con abstractos, superávit, reducción del déficit, finanzas públicas más sanas. La añoranza de tiempos mejores se apoderó del ambiente político.

Frente a ello la promesa salinista, la ratificación de la vía escogida, resultaba la ratificación del vacío.

Un presidente liberado

El esquema económico seguido necesitaba continuidad para fructificar. El reto de continuidad pero corrección fue particularmente delicado en la última sucesión presidencial. De la Madrid y Salinas de Gortari apostaron a recuperar otro elemento característico y decisivo del sistema: una sucesión civilizada, con rectificación y continuidad, pero sobre todo con respeto mutuo.

No obstante el esquema económico también necesitaba una radicalización, por ejemplo, en lo referente a empresa pública, inversión extranjera, banca e integración comercial. Prolongar el carácter transicionista de la actuación de Miguel de la Madrid suponía el riesgo de quedar atrapado entre dos aguas, de perder la capacidad de dirigir por mediar, de no poder establecer un rumbo y de provocar desconcierto.

Lo que en 82 fue arriesgado en 88 era tibieza. No hay peor rumbo que la deriva. Salinas de Gortari estaba a la mitad del río, sin embargo durante la campaña optó por mediar. La dualidad de jefatura y la intención de dar continuidad al proceso lo orillaron a ello. Pero el desfase frente a la

exigencia radicalizada pública, resultado de la mediación, trajo un alto costo para el candidato priísta.

Salinas fue un candidato prudente en tiempos en que el país se estremecía. De Miguel de la Madrid se permeó, desde el inicio de su régimen, la intensión de lograr una transmisión de mando responsable y respetuosa. 1970, 76 y 82 llevaron a México del orgullo de sus expresidentes a la vergüenza. De haber Salinas de Gortari radicalizado su discurso de campaña muy probablemente una nueva y sonora ruptura hubiera sido inevitable.

La fallida elección de 88 se constituyó en un hecho definitivo para el futuro presidente. Salinas de Gortari que había mediado con las llamadas tradiciones y sabiduría del sistema se enfrentó con la responsabilidad de gobernar a un agitado país, por lo que recibió, de entrada, la peor de las imputaciones posibles para un gobernante: la ilegitimidad.

Pero la fallida elección tuvo otra consecuencia, liberó al cauteloso candidato de compromisos y ataduras, de la obligación de cumplir con las formas y costumbres tradicionales del sistema. Esas habían provocado el descalabro mayúsculo ¿por qué respetarlas? La oportunidad fue única.

Salinas de Gortari podía lanzarse contra el propio sistema, recuperar lo que le sirviese y echar por la borda los lastres. El barco había hecho agua. Nadie del interior podía reclamarle. El débil candidato se transformó en zaherido presidente que muy poco tenía que perder, que muy poco debía al sistema. Criatura rebelada ante su creador, Salinas de Gortari revocó el reclamo de fidelidad.

Liderazgo personalizado

Miguel de la Madrid tomó la decisión de retraer fuertemente la personificación del poder que el presidencialismo constitucional y meta constitucional, como se le ha llamado, le facilitaba. Desvinculó la obra pública del gobernante. Su discurso oficial se ciñó severamente a las tesis de campaña. Él no encarnó resurrección alguna. No había dineros para protagonizar, es cierto. Pero incluso no dio los pellizquitos que pudo haberle dado al presupuesto para presentarse como mesías. Le antecedían dos desastres sexenales con pretensión de liderazgos. En ese sentido De la Madrid modernizó abruptamente la presidencia. No fue líder. Pero, ¿y cómo reaccionó México?

Salinas de Gortari heredó una presidencia sobria, retraída. Pero también heredó el peor desastre electoral de la historia reciente de su partido. En 1991 la decisión del hombre en la plenitud de su poder pareciera clara: presidencialismo a la vieja usanza, gran movilidad, giras cada semana, brincos por aquí y por allá, obra pública que él protagoniza, tanta como se pueda: representa, promete y entrega.

Agua potable a pequeñas comunidades, electricidad, pavimentación, escuelas restauradas, abrazos con mujeres agradecidas (y cómo no), decisiones *in situ*, por lo menos en apariencia. El caminito lo conocemos los mexicanos. A Salinas de Gortari le está funcionando, así lo demuestran los sondeos de opinión (gráfica 2 *Popularidad de los presidentes*).

Su popularidad se ha incrementado. El estrategia de la planeación de los planes de choque combina ahora la frialdad de la increíble reducción en el déficit público con una buena dosis de presidencialismo galopante.

Muchas son las variantes o diferencias del presidencialismo salmista frente a los casos de Echeverría y López Portillo, por lo menos hasta ahora. En primer lugar se trata de un protagonismo individual y no de pareja. El papel de la señora Ocelli de Salinas ha sido discreto. Coincide con Echeverría en invocar permanentemente a los sectores desprotegidos, pero no habla de clases sociales, su ofrecimiento es menos romántico o ingenuo.

Nada de promesas de grandes transformaciones mundiales y proyectos justicieros. No es momento para efectuar la gran y definitiva reivindicación. Mejor muchas respuestas concretas. Además el presidente Salinas de Gortari, con frecuencia, se refiere a la salud de las finanzas públicas, lo uno y lo otro son compatibles, sostiene.

Coincide con López Portillo en un ánimo conciliador en el cual *todos* engarzan; el «espíritu solidario» *todo* lo resuelve. Tal discurso omnicompreensivo tiene la bondad de aminorar las tensiones reales, pero ojalá el presidente Salinas no termine creyendo que de verdad el espíritu solidario ha permeado la sociedad.

La diferencia principal con López Portillo es una: ahora sí existe un proyecto económico de largo plazo y no una mera retórica de apoyo a la producción. Coincide con ambos en que él encarna el proyecto y no las instituciones.

Las críticas no han tardado en surgir: neopopulismo, uso avieso y amañado de los fondos públicos, campaña política desde la presidencia para resucitar al PRI. El presidente se defiende, sobre todo en el juego en corto: los bienes públicos son para remediar los males sociales; la obra pública no hace distinciones, igual son beneficiados miembros de cualquier partido. Los fondos para sustentar el liderazgo se multiplican.

También los beneficios concretos y los beneficiados a los cuales retorna la cara amable del autoritarismo mexicano. No queda claro que la popularidad priísta se vea fortalecida en la misma proporción que se incrementa la presidencial. Nada lo indica. Pero todo llevado al exceso es malo, incluso la virtud, como lo dijera, un clásico francés. *Solidaridad* no es excepción. Las reacciones han comenzado.

Los riesgos de los excesos: solidaridad

Un mal manejo de imagen ha hecho que *Solidaridad* invada la vida nacional de manera desproporcionada. Las bondades del programa son muchas. Pero para el propio presidente los efectos negativos de los excesos también están a la vista. En los informes presidenciales *Solidaridad* ha desplazado las áreas tradicionales de la política social del estado asistencial mexicano.

Educación, salud pública, vivienda, todo está tocado por *Solidaridad*. Las cifras que acompañan al programa son impresionantes. Allí están los millones de beneficiados por agua potable o electricidad en un sólo año. Sin embargo, dado que el Programa de *Solidaridad* es el presidente Salinas y *Solidaridad* todo lo invade, el rechazo en ciertos sectores sociales a la figura presidencial empieza a crecer. Para el anecdotario del presidencialismo quedarán los satélites *Solidaridad*, los puentes *Solidaridad*, el valle *Solidaridad*, la *semana de la solidaridad*, junto a las fotografías del presidente mexicano durante su rutina física portando una playera de *Solidaridad*.

De nuevo la federación engulle a la república. Los gobernadores informan de los resultados de *Solidaridad* en sus ámbitos de gobierno. Si el Programa por sí mismo es apabullante, peor aún es la afrenta para la cada vez más plural sociedad mexicana cuando se ratifica, cotidianamente la insensible decisión de inyectar el programa en la conciencia de los mexicanos a como dé lugar.

Rocas, bardas, cerros, incansables y cursis spots radiofónicos y televisivos inundan en el tercer año a la sociedad mexicana. Aquí no hay modernidad. No se presenta al programa como viable por la salud financiera, como resultado de los beneficios del reajuste. La obra pública no es presentada como un esfuerzo social para la sociedad. No, de pronto los mexicanos descubrimos que con *solidaridad* todo se resuelve. Allí está la palabra mágica que pronunció y pronuncia el presidente Salinas ¡Nos la hubieran dicho antes!

Con el programa de *Solidaridad* el presidente ha inyectado dinamismo a los trabajos, qué duda cabe. La reacción popular inmediata de los beneficiados es favorable (gráfica 4 *Aprobación... Este país, número 5*). Pero en ciertos sectores de la sociedad mexicana que ya han dado muestras de su intolerancia a los excesos, brota la molestia.

Comienzan ya las sospechas, las suspicacias, las desconfianzas. Hubo quien trabajó arduamente en el proyecto de transformar al PRI en el *Partido de la Solidaridad*. ¿Hasta allá se pensó llegar? Salinas de Gortari tiene todo el derecho de defender a su partido, pero ¿de verdad es esa su intención final? Si la popularidad del PRI no se incrementa con la multiplicada presencia de *Solidaridad*, si el presidente ha aclarado que no hay vínculo entre *Solidaridad* y el PRI, ¿para quién es el beneficio político del programa?, ¿para el presidente?

¿Y para qué quiere tanta popularidad?, se preguntan algunos. ¿No estará pensando en intentar la reelección? Por cierto las tendencias muestran una reducción considerable del rechazo, aunque una muy amplia mayoría (60%) sigue estando en contra (gráfica 6 *La reelección presidencial*).

El presidencialismo está en el pueblo mexicano como una forma de entender al poder. Salinas de Gortari no lo está inventando. En todo caso lo está reviviendo después de un adormecimiento de seis años. Los que hoy aplauden incondicionalmente pueden ser los mismos que no sepan cómo contener el galope tendido de ese neocaudillismo dentro de veinte meses.

Probablemente la frialdad y lejanía de De la Madrid hayan sido excesivas, pero el protagonismo institucional aleja los riesgos intrínsecos de los liderazgos personalizados que, curiosamente, resurgieron en la última década. El fenómeno no es exclusivo de México. Incluso en los Estados Unidos de Norteamérica, después de la administración Reagan, hoy se reflexiona de nuevo sobre el liderazgo presidencial (The personal presidency).

Sin embargo los márgenes de acción del presidencialismo mexicano son mucho más amplios. La contención institucional mucho más débil. Los riesgos son mayores.

Es difícil discernir si la condena que el PRI recibió en 88 fue una condena al deterioro económico o a la ausencia de liderazgo. ¿Será que el PRI sólo funciona apoyada en liderazgos renovables? En descargo del presidente Salinas de Gortari debe decirse que los grandes momentos de la oposición han sido también el resultado de fuertes liderazgos y no de la penetración y arraigo de una plataforma ideológica. Clouthier y Cárdenas a la cabeza.

Quizá Calles debió anunciar que dejábamos la etapa de los caudillos para pasar a la de los caudillos... institucionales.

El presidencialismo es un arma de dos filos que igual imprime una gran dinámica a la marcha de la administración que deforma todo el aparato. El presidente Salinas ha tomado la decisión de usarla. Ojalá y no exceda sus límites.

Autoritarismo legítimo

La vida política de nuestro país no es voluntad exclusiva del presidente de la república. En México hay una vasta cultura autoritaria que entretiene valores de estabilidad, nacionalismo, progreso dirigido y movilidad social, entre otros. En 1988, una vez quebradas las variables del crecimiento económico y de la movilidad social acelerada, dos grandes frentes culturales parecieron conformarse.

Por un lado el del México autoritario y, por el otro, el del México democrático. El autoritarismo mexicano entró en crisis porque todo un conglomerado de expectativas y valores estaban en crisis. Sin embargo, en tres años de mando institucional el presidente Salinas ha restaurado algunas de las variables

fundamentales que apuntalaban el beneplácito, por decirlo de alguna forma, al autoritarismo mexicano.

Muchos de los que en 1988 vociferaban con planteamientos de democracia plena y centraban sus argumentos en la incapacidad del sistema para afrontar los requerimientos económicos y políticos del país, hoy reformulan de nueva cuenta su jerarquía de valores, (gráfica 1 *Elecciones en México*).

Salinas de Gortari ha satisfecho, con creces, muchas de las demandas económicas de los sectores empresariales, comerciales y de las clases medias. El estado ha reducido su participación en la economía abruptamente. La empresa pública ha quedado reducida a una mínima expresión. La banca retorna ya a las manos de inversionistas privados.

Algunos servicios fundamentales para el ciudadano como la telefonía, el autotransporte o los medios de comunicación masiva siguen el mismo curso. Los resultados están allí. Los servicios mejoran, se construyen nuevas carreteras, fluye inversión externa, no en los niveles deseados, pero fluye. La tesis del estado menos propietario pero más fuerte cobra sentido.

Hay crecimiento y generación de empleos, no en los niveles requeridos por el país, pero bien fincado. Ese nuevo crecimiento puede llegar a ser sostenido durante la gestión. México se encamina a un Tratado de Libre Comercio, se incrusta en el mundo. Por un lado *Solidaridad* para los marginados. Por el otro una política económica neoliberal que es coherente.

Salinas de Gortari ha radicalizado la estrategia para satisfacción de muchos, pero sobre todo para apresurar los resultados. Lo que con De la Madrid fue cautela hoy sería simple falta de previsión. El esquema económico de la gestión es un todo integrado: política tributaria (uno de los logros de mayor alcance, pero por supuesto de los menos comentados) finanzas públicas saludables, apertura, aliento a la inversión.

Temas tabúes están siendo abordados: relaciones estado-iglesias, el ejido, los vínculos con el gigante del norte. Ahora bien todo ello se puede hacer, se piensa en la cultura autoritaria, gracias a que hay un control sobre la situación y también gracias a esa consigna que los mexicanos nunca comentamos pero que muchos defienden en su interior: sólo con orden progresamos.

En 1990,85 por ciento de los diputados aprobaron un nuevo código electoral que ratifica los grandes vicios de nuestro sistema electoral y lo convierte en una pieza de museo que difícilmente garantizará elecciones convincentes. Pero que quede claro: no hay peor violación de la vida democrática que la imposición de los criterios de una minoría sobre una mayoría.

El código vigente fue aprobado por 85% de los diputados con participación de casi todos los partidos de oposición. Se trata de un código legítimo que ratifica la conducción autoritaria de las elecciones. El ánimo de democracia radical se ha retraído abruptamente.

El altísimo abstencionismo de las elecciones locales recientes es un fenómeno que merece reflexión profunda. Ni autorización ni desautorización a secas. ¿Cómo es posible, se preguntarán muchos, que México se desfase de la moda que establece parámetros insalvables a lo que se considera un sistema electoral plenamente democrático?, justo en este momento en el que se lanza al mundo la idea de que este país pasará a conformar parte del mercado más grande del orbe. Así como en la jerarquía de valores de los estadounidenses su disposición militarista e intervencionista ocupa un lugar preponderante (*Este país*, abril de 1991), o en la de los japoneses aparece el fervor imperial, los mexicanos nos aproximamos al siglo XXI con un sistema electoral que muestra el lugar que ocupa la democracia formal en la jerarquía de valores de muchos mexicanos.

Modernidad contrahecha

Salinas de Gortari ha sabido sortear con habilidad las demandas múltiples, ambiguas y contradictorias de los mexicanos. La apertura comercial satisface a las clases medias que pueden adquirir los bienes de consumo, algunos de calidad otros no tanto, que por acto de *nuevo consumismo* les resultan atractivos.

Las antenas parabólicas se multiplican en el país en el cual de nuevo circulan los *Cadillacs*. Mientras esto ocurre, el partido en el gobierno es incapaz de poder estructurar y aplicar un sistema interno de elecciones primarias sin que los intereses caciquiles se interpongan.

El caciquismo de teléfono celular es una realidad cotidiana. Llegan ya en flamantes minijets los inversionistas europeos y asiáticos que son recibidos por su contraparte mexicana ilusionada de poder abastecer millonarias líneas de producción del gran mercado de América del Norte.

Al mismo tiempo se ratifica la imposibilidad de que un aguacate mexicano se venda en Estados Unidos de Norteamérica, y no logramos, por mucho, abastecer el mercado interno de leche y que el precio internacional del maíz sea la mitad del nacional.

El presidente Salinas de Gortari está montado en esta contrahechura social y cultural de los mexicanos. Absurdo sería que su actuación institucional se desprenda de ese sentir, de esa manera de ser rebosante de inconsistencias.

Muchos ven ya en la integración económica el despegue definitivo de México con rumbo al primer mundo, cuando en 180 años de vida independiente no hemos sido capaces de integrar cabalmente a la vida nacional a estados como Chiapas.

El presidente Salinas aparece en la enorme pantalla de Davos frente a la cúpula empresarial del mundo, pero hasta este momento de su gestión el gran problema de la miseria agrícola generada por una

concepción decimonónica de reforma agraria permanece intocado.

Los empresarios mexicanos, los mismos que se opusieron a la apertura comercial y al ingreso al GATT y que hoy festinan el Tratado de Libre Comercio porque imaginan trenes de productos mexicanos llegando a los *malls* de las grandes ciudades estadounidenses, no les parece imprescindible acabar con el partido de estado o liberalizar la Ley de Cámaras de Comercio e Industria.

Así, mientras el gobierno federal cuenta con una secretaría encargada de abordar sistemáticamente los vastísimos problemas ecológicos del país, la decisión de cerrar una refinería, por razones técnicas inocultables, tiene que ser anunciada por el propio presidente quien da instrucciones a sus subordinados. Con tal acto pareciera que, amén de los argumentos de la sociedad y los técnicos, también la ecología y los daños a la salud de millones están sujetos a la consideración presidencial.

Combustible para el presidencialismo

El presidente Salinas de Gortari reactivó de manera muy audaz la enorme y potente maquinaria del presidencialismo. El núcleo del proceso de reactivación radica en situar ala voluntad personal por encima de las consideraciones legales, institucionales o incluso técnicas.

Que duda cabe que gracias a la voluntad del presidente Salinas la corrupta dirigencia petrolera, el quinismo, haya sufrido una muy benéfica decapitación. Lo mismo ocurrió frente a la degradación del puerto de Veracruz que tuvo que ser rescatado en un acto de autoridades centrales. Quién dudaría que es por voluntad y decisión del presidente de la república que México camina hacia el Tratado de Libre Comercio.

Hasta la visita del señor Woytila sólo se explica con la anuencia o intención presidencial. Pero además la fuerza del presidencialismo en el caso del presidente Salinas de Gortari tiene una amplia vitrina cotidiana donde se exponen los logros de la voluntad presidencial. Logros que van de la reparación de una indigna escuela en un pequeño poblado, pasando por la construcción de cientos de unidades de salud, a la pavimentación de miles de kilómetros o a la decisión de atender a una población suburbana marginada que se cuenta por cientos de miles de personas.

El problema radica en que al encarnar las decisiones Salinas de Gortari, el hombre, representa *el por qué* de lo que ocurre o se hace en el país. Al desplazar, por lo menos en apariencia, *el por qué* técnico, jurídico o institucional, el presidente asume una responsabilidad enorme. Cualquier paso atrás, reconsideración o evaluación crítica, gira en torno suyo y no simplemente del curso de las cosas.

Si en cierta zona hay atención súbita es gracias a su presencia. Pero si hay desatención crónica también será imputable a él. La maquinaria presidencialista, eficaz maquinaria, tiene un problema: su caldera demanda de un abastecimiento de combustible personal difícil de imaginar en un país que se acerca a los 100 millones de habitantes.

Con esta estrategia de gobierno los mexicanos tienen frente a sí ventajas y riesgos. Ventajas: que el dinamismo gubernamental deviene en atención, en actos concretos que repercuten en el bienestar de millones de ciudadanos. Los riesgos son varios, el fundamental es que el presidencialismo supone postergar la institucionalización definitiva del mando político del país.

El presidente Salinas de Gortari llega así a la plenitud de su oportunidad histórica convertido en un apasionado defensor de su política económica. Su esquema económico es claro y ello genera expectativas favorables. La definición económica, haberse radicalizado, alejado del eclecticismo de su campaña, juega en su favor. En esto es previsible y por ende confiable.

Pero hay otro Salinas de Gortari, también apasionado, que ha concentrado fuerza y poder en él. Lejos, muy lejos se miran allí las intenciones planificadoras de largo plazo que inhibían consideraciones preñadas por la inmediatez. Este hombre muestra una astucia política que le ha permitido desmontar, en cuestión de meses, un escenario que le era totalmente adverso.

Ese mismo hombre muestra una avidez por el reconocimiento popular que ya preocupa a muchos, incluidos empresarios que alaban su visión económica. Aquí la inmediatez gobierna y ello no permite previsión alguna. México se debate así en una reformulación de su estrategia económica que quizá sea la más importante de los últimos cien años, pero termina el siglo xx igual que el XIX con un gran resquemor: los efectos de la silla presidencial.